

ESTHER DE CÁCERES
CONCIERTO DE AMOR
Y
OTROS POEMAS



EDITORIAL

URU
861.6
Cac
con

EDITORIAL LOSADA, S. A.
BUENOS AIRES



A Carlos Salas Vreasty
a quien agradezco siempre
por la Alta Poesía
el noble corazón.

Homenaje honesta,
mente sentida de

Ishty de la Cruz

Poetas de España y América

Publicados:

- SARA DE IBÁÑEZ: CANTO
HORA CIEGA
RAFAEL ALBERTI: POESÍA (1938-1942)
ENTRE EL CLAVEL Y LA ESPADA (1939-1940)
PLEAMAR (1942-1944)
A LA PINTURA (1945-1948)
ARTURO CAPDEVILA: CANCIONES DE LA TARDE
JOSÉ PEDRONI: EL PAN NUESTRO
FRANCISCO LUIS BERNÁRDEZ: POEMAS ELEMENTALES
POEMAS DE CARNE Y HUESO
EL RUISEÑOR
EL BUQUE
LAS ESTRELLAS
EL ÁNGEL DE LA GUARDA
JULIO HERRERA Y REISSIG: POESÍAS COMPLETAS
CONRADO NALÉ ROXLO: EL GRILLO. CLARO DESVELO
PEDRO SALINAS: POESÍA JUNTA
OLIVERIO GIRONDO: PERSUASIÓN DE LOS DÍAS
EMILIO FRUGONI: LA ELEGÍA UNÁNIME
ANTONIO PÉREZ VALIENTE DE MOCTEZUMA: SOL EN LA NIEBLA
HORACIO REGA MOLINA: RAÍZ Y COPA (Antología)
JUVENAL ORTIZ SARALEGUI: LAS DOS NIÑAS Y OTROS POEMAS
FERMÍN ESTRELLA GUTIÉRREZ: NOCTURNO
GONZÁLEZ CARBALHO: SOLO EN EL TIEMPO
CANCIONES DE LA PRIMERA NOCHE
LIBRO EN ESPERA
LUIS CANÉ: DESDE LEJOS
OLGA OROZCO: SOLEDAD
EUGENIO JULIO IGLESIAS: NÚMERO IMPAR
VICENTE BARBIERI: POEMAS (1922-1943)
JORGE LUIS BORGES: MUNDOS DE LA MADRUGADA
RICARDO E. MOLINARI: COLINAS DEL ALTO VIENTO
ALFREDO R. BUFANO: POESÍAS COMPLETAS
DELMIRA AGUSTINI: RESIDENCIA EN LA TIERRA
PABLO NERUDA: TERCERA RESIDENCIA
ANTOLOGÍA POÉTICA
JUAN RAMÓN JIMÉNEZ: NO MÁS QUE UNA ROSA
PEDRO PRADO: TALA
GABRIELA MISTRAL: LOS DÍAS PERDIDOS
ANA MARÍA CHOUHY AGUIRRE: ANTOLOGÍA POÉTICA
ALBERTO URETA: FÁBULA DEL PEZ Y LA ESTRELLA
ANTONIO APARICIO: ANTOLOGÍA POÉTICA
A. CRUCHAGA SANTAMARÍA: COMO QUIEN ESPERA EL ALBA
LUIS CERNUDA: SOMBRA DEL PARAISO
VICENTE ALEIXANDRE: CUADERNO DE OTOÑO
JULIO J. CASAL: POESÍAS COMPLETAS
CÉSAR VALLEJO: CANTO CIEGO
FRYDA SCHULTZ DE MANTOVANI: ODA A LA ALEGRÍA
EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA: LA MÚSICA QUE LLEVABA
J. MORENO VILLA: CRECIMIENTO DEL DÍA
EDUARDO A. JONQUIÈRES: SENTIMIENTO DE LA CRIATURA
EMILIO SOSA-LÓPEZ: LO MIRÉ CON LÁGRIMAS
MARGARITA ABELLA CAPRILE: PERDIDA
JUANA DE IBARBOUROU:

ESTHER DE CÁCERES

CONCIERTO DE AMOR Y OTROS POEMAS

PROLOGO DE
GABRIELA MISTRAL

don. autor - 140.-

URU
861.6
cac.

Uru 861.6 CAC con
Concierto de amor y otros poem



EDITORIAL LOSADA, S.
BUENOS AIRES

053013



Adquiridos los derechos
exclusivos

Queda hecho el depósito que
previene la ley núm. 11.723

Copyright by Editorial Losada, S. A.
Buenos Aires, 1951.

CONCIERTO DE AMOR

DE

ESTHER DE CÁCERES

IMPRESO EN LA ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINA

URUGUAYIDAD

En el triángulo uruguayo "parecido a corazón" según el decir popular, la llama creadora está saltando siempre, pero además, se mantiene dura, porque no es llamarada de pajas ni quemazón repentista. La alimenta un aire particular, una corriente que llamaríamos "la brisa" del alma, si la linda palabra no hubiera caído a la palangana de la cursilería. Un místico diría que es el aire delgado del Espíritu Santo, y el nombre de la Tercera Persona me ha servido muchas veces y me sigue sirviendo, cuando repaso el país querido.

Dicho sea en el mejor sentido de la palabra, la raza uruguayana es mujer: ha ganado sin pelear un reino que nadie puede arrebatarse; su política ardiente no llega nunca a desmelenada; su pedagogía social y escolar se llama Vaz Ferreira, que es casi decir un ateniense; su religión está libre de tostaderos masculinos españoles, o sea de torquemadismo. Quien no adopte allí para vivir las virtudes cristianas, se queda con las de Aristóteles, y la amistad aristotélica casi-casi vale la amistad joanista¹.

El Uruguay lo tiene todo excepto el territorio sufi-

¹ De San Juan Evangelista.

ciente. Tal vez por esto mismo se ha puesto, como Chile, a crecer hacia adentro, donde no hay pilotes de fronteras.

Las mujeres que escribimos en toda esa América Española nos sentimos dueñas de cierta carta de ciudadanía uruguaya, tácita y efectiva a la vez. Compatriotas mías son, entre las grandes vivas, Juana la continental; compatriotas, Sara Ibáñez y Sara Bollo. En cuanto a Esther de Cáceres, yo tengo con ella más que la conciudadanía, tengo la consanguineidad, cierto primo-hermanazgo. Tal parentesco que me pareció siempre la más linda de las ataduras humanas, salvo la de madre e hijo, es el idilio de unas almas que no habiendo alcanzado la hermandad física, toman la revancha creando la otra.

El Uruguay, visto por una muchedumbre de ojos extranjeros, se llama la patria de la amistad, como tal, exenta hasta de la más leve peca de xenofobia. Decir amistad aquí es decir entendimiento cabal, confianza rápida y larga memoria, es decir fidelidad.

Esther se sabe el Arco Iris o mejor el ópalo de su patria desde sus colores primarios hasta sus imponderables más esquivos: a unos da la admiración rotunda, a otros el aprecio fuerte, a cualquiera el entendimiento, y a todos una justicia tierna sin la sequedad de las balanzas frías.

Cuando nos llegue firmado y sellado de EE. UU. como la ropa y la maquinaria, el apareamiento de hombres y mujeres en todas las reparticiones civiles, entonces la veremos a ella como a sus colegas salir por el mundo a divulgar, no ya el resabido Uruguay político, sino el de la cultura, que cuenta tanto o más que el otro. Para esta tarea, ella ha llegado al "punto de saturación" que dicen los operadores. Nada primordial ni segundón de la cultura patria se le queda afuera por

desgano o mezquindad; ella vive lado a lado con los suyos, y es tan buena como cualquier varón para el voleo del trigo uruguayo en los aires extranjeros, el americano en especial.

No sobra decir que el Uruguay fué el país más difundido hace veinte años y que es hoy uno de los más silenciados. Fuera de la declaración magnífica de sí mismo que dió en el libro de Zum Felde, paradigma en el género de los "Panoramas literarios", los demás testimonios uruguayos se quedan allí adentro por falta de expansión editorial o de simple negligencia.

Y el pequeño país magistral debe ahora ponerse a un trabajo de misión y hasta de caballería... él más que otro cualquiera de los nuestros. Porque antes que los otros, el Uruguay apuntó a los arquetipos platónicos de la Cultura, a la hora misma en que Batlle pleiteaba una democracia ensamblada con realidades económicas. La América criolla vuelve a necesitar, y con urgencia, un cuerpo de misioneros que predique la medalla oriental en sus dos caras de Cultura y de Justicia. No precisa darse mucho afán para escoger sus equipos de pregoneros. Los tiene para dar y prestar.

La faena de fronteras adentro está hecha y colmada; pero ese pueblo nació con un destino de milicia espiritual, de devastador y civilizador. Es curioso que tal encargo suela caer sobre un pequeño bulto geográfico: Atenas, Alejandría, un tercio de la Palestina, las republiquetas italianas, los núcleos provenzales y catalanes del Mediterráneo, los Países Bajos, Uruguay. Todos ellos se parecen a los pequeños pájaros tropicales que en la llama del color toman su desquite sobre los grandullones del aire.

AMIGA UNIVERSAL

Aunque por años yo no sepa de mi Esther de Cáceres ni ella de mí, alguna fuerza mía, alguna vena nutricia del ser, me viene desde ella. Yo sé que, callada o epistolar, próxima o distante, estoy dentro de su oración cuando llegan mis duelos; y sé que las tres frases esenciales que yo logro entre cien articulejos, llegaron hacia ella y fueron allí recogidas. Por su parte, Esther está cierta de que yo arrebaté de su libro A o Z tales y cuales versos entrañables, con una manotada de jubilosa apropiación.

Esther de Cáceres es una de las obras maestras de la amistad aristotélica y juanista que dije. Y aquí yo hablo con boca prestada, y no de vivo: la de Parra del Riego, que tuvo en Esther al buen samaritano trastocado en mujer. Y escribo por la mano de cuantos vivieron en el Uruguay y fueron allí pastoreados y alumbrados por la linterna corredora y sin aceites mercantiles de la poetisa vicentina¹.

El perfecto amigo está hecho de sensibilidad, de presencia constante o de gustos y de búsquedas comunes, y de un reguero de imponderables que sobra enumerar. El perfecto amigo sopla y cela la brasa del cariño, y una brasa que no se enceniza es hazaña mayor que las de Aquiles. Estas ascuas perdurables tienen debajo de ellas unas camadas profundas de carbón o de turba. Si un solo invierno ya pide un rimero de leños para calentarnos; ¡cómo será la despensería que necesitan las amistades "per vita"! Aquí no puede ni el que pretende ni el que quiere, sino el que tiene medio

¹ De San Vicente de Paul.

bosque capaz de abastecer. Así, pues, la amistad rica de la Esther uruguaya, su preciosa querendonería y su lealtad sin arrugas ni quiebros, tienen de este haber, toda una hacienda que llega al horizonte.

La amistad magistral de la poetisa, su don de asistencia a lo divino, su temperatura sostenida como un fuerte aliento, su juanismo, forman un solo bloque con la poesía que da, porque ambas salieron de esos mismos materiales de veracidad y fervor.

UNIDAD Y DESPOJO

Aquello de escribir con la sangre más el alma, no es condición humana sino lujo de pocos. No es nada común la unidad del ser, con sus huesos embonados y la suave trabazón de los miembros espirituales y corporales. Y tal vez sólo cuando esto pasa, el Creador nos reconozca por frutos brotados de su rama y no descalabrados en el percance universal de la caída...

La Esther oriental se quedó indemne y lleva hasta hoy la gracia superlativa de la unión entre alma, vida y poesía. En ella la médica juega en agilidad de coyunturas con la cantadora desvariante; la profesora de colegios laicos se suelda, "contra viento y marea" jacobinas, a la mujer de oración, y la colegiala bohemia de anteayer encaja sin crujido en la buena ama de casa.

A causa de su naturaleza de lealtad, ella ha ido lavándose de los engrudos pegajosos de literatismo; paso a paso fué arrancando de sí los embelecocos retóricos y evitando los bonitismos gongorinos de hoy como evitó antes los del modernismo. Y todo sin volverse plebeya ni desgarbada, quedándose con lo único necesario: sus esencias medidas en la caña de los huesos adonde las modas no las alcanzan.

Como los poetas grandes y mozos que están poniendo los materiales de "la nueva alma" —y del "nuevo cuerpo"— del mundo y que precisamente son grandes "según el Espíritu", Esther es una removedora de zonas que estaban en nosotros inválidas en cuanto a apelmazadas. Su evolución viene de un morder constante, de castor o vizcacha, que hace la cueva sin acabarla nunca. Gracias a su buen gusto, no cae Esther en las "teorías", no se pone a pedagogizar con las novedades de la conciencia nueva. Una pura metáfora, la lanzada de tres versos, y el desgarrón luminoso que ella abre, nos desnuda este y aquel descubrimiento.

Los místicos fueron siempre Colones y Stanleys del mundo pasmoso que, con ceguera de niños descalabrados en la Caída, no vemos ni alcanzamos todavía. Y como la mística regresa, aunque disfrazada de loca, recomienza la boga de Blake, y la de los místicos occidentales y orientales, dueños ahora de una clientela que nunca se sospecharon y que abarca desde la kermesse de los ultraístas hasta los cenobios de Juan Ramón. Esther marcha cogida de la intuición con la diestra, pero llevando siempre unos dedos de la mano izquierda sujetos a la Razón.

Le debemos, sepámoslo o no, muchísimas "disparadas" hacia nuestra noche interior, y un regreso casi cotidiano, cargando estrofas iluminadas por el zodiaco que comienza en nuestro pecho, cueva de vizcacha también, y que no acaba.

Los bandeirante¹ llamarían al hecho "Una excursión a Goyaz, o a Maranhao". Son balsas echadas hacia las fuentes negras de la Amazonia más esquiva.

¹ Los conquistadores de Brasil.

Las primeras de la aventura siempre las echaron los poetas; y todos los Freuds, y con más razón los Bergsons, se van a la zaga de ellos; algunos versos hindúes calenturientos, unos versículos judíos idems, abren el agua y muestran de golpe diez disparaderos a los remadores desconfiados.

Mi festín en los libros de Esther, y sobre todo en los últimos, es un "picar", "pellizcar" y comer en un tendal de hallazgos de su alma.

Un libro, como cualquier otro ser vivo, es cuerpo carnudo que la memoria flaca no puede cargar; se atrapa lo intenso, lo eléctrico y lo sutil, más las salpicaduras de la gracia. Todos los libros bautizados con el nombre de "Banquete" aluden en cierto modo a este comer y regustar el alma ajena. Pero los banquetes de esta hora ya no tienen la pesadéz ni el pantagruelismo de los del siglo XIX; se quiebra el clavo de olor con más gusto que el pastel y se aprecia la canela por encima de la harina amasada.

Cuando tenga tiempo, yo juntaré en un cuadernillo sabores agudos que me han hecho y afinado el paladar del alma, que me la han nutrido y regalado. Allí habrá muchos versos de la Esther generosa y descuidada, que da más de lo que ella sabe, para que sus hermanos no caigan en frío, en tedio, en desabrimiento.

La búsqueda que se desarrolla en la obra de Esther, larga aventura que corre ya por ocho volúmenes, es su ansia ardiente de lograrse íntegra y no despedazada. Bien que ella sabe cómo fué que nos hicieron completos y que nos rompimos. Desde entonces queremos con pedazos del ser y hablamos también a cortas lumbraradas.

Tiene Esther la ambición socarrada de los místi-

cos: ella quería volver al primer estado y restaurar en sí la gran fechoría. Esta fué y sigue siendo el separar en nosotros el Universo del Creador y nuestras obras visibles del núcleo oculto y sobrenatural. Fray Luis de Granada, en los trozos cortos reunidos por alguien (¿es Bergamín?) bajo el nombre de "Maravilla del Mundo", anduvo en la misma empresa de casar la naturaleza y la Gracia; el Juan español (y judío), a través de su cinta de metáforas, entreveraba lo uno y lo otro; y Fray Luis de León no hacía otra cosa sino este sordo trabajo unificador.

El más realista de los poetas, el pagano confeso y cristiano inconfeso que llamamos Goethe, luchó y jadeó con igual mira y por ello representa mejor que cualquiera de este mundo la vieja y santa batalla.

Todos queríamos hacer a semejanza del Maestro Primero y que nos salieran de las manos enhollinadas que son las nuestras las albas reales, las tardes idénticas, la fresa de tocar y oler y el pájaro en pleno vuelo.

Cuando el Evangelio y sus creadores detestan a los tibios, tal vez su indignación también comprende a los que se desentienden de la lucha adamita que busca y muda por hallar o recobrar, que resopla sobre la vieja fragua, y apura los crisoles para la reconciliación de los metales divorciados.

Más atormentados hay entre los artistas que entre los clérigos; mucha más vela y agonía, y se oye más allá la voz paulina de: "Señor ¿qué quieres que haga?". Su ansiedad los hace cambiar de método, de mano y de voz a cada paso. Los meros sensuales de la literatura resultan mucho más constantes en manera y en índole. Zola, para no citar más, manejaba una prosa gorda e idéntica a lo largo de veinte novelotas, y

el pobre teatro de Bernstein soba y resoba una masa siempre igual, en masajista incansable de su burguesía lacia y sin reacciones.

Nuestra Esther escogió el desasosiego del buen Pascal.

Ya en *Espejo sin muerte*, Esther de Cáceres nos llegó podada de sobras y reducida a la espina del alma: aquello era un sartal de breves poemas religiosos, una confesión entrecortada de experiencia mística. La experiencia fascinante se interrumpe en *Concierto de Amor*, pero ha de seguir más tarde. Su alma me importa tanto como su arte, y nos hemos quedado esperando el resto del suceder íntimo, siempre el primero entre cuantos zarandean nuestras pobres vidas.

RESCOLDOS ETERNOS

En este su último libro, Esther de Cáceres regresa a los temas elementales: el árbol, el fuego, el aire, el agua, las nubes, etc. Hacen igual retorno hasta los reos empedernidos de las temáticas artificiosas y muchos de Quincey hastiados de las drogas poéticas. Nuestra uruguayana no abandonó nunca del todo lo elemental, por aquello de que la mujer es siempre naturaleza, o naturaleza y media y vomita la pipa de haschich, después de chuparla por curiosidad.

Dando un salto enorme desde chinos, persas y árabes, hasta el padre Hesíodo, y dando otro de éste a nosotros, los elementos vuelven a planear sobre nuestras cabezas.

La gente finisecular de Rubén se trueca de pronto en un equipo fresco y triscador, que levanta la cabeza hacia el zodiaco o se pone a huronear en la tierra no

dicha todavía a pesar de la millonada de poetas que la voltearon sin arrancarle una frase íntegra.

Es curioso cómo la nueva alianza de Esther y la naturaleza, —las manos en las manos, los ojos en los ojos—, la devuelve también a la estructuración u organismos de los viejos albañiles. (¿Clasicismo? Arquitectos más albañiles). Parece que, en cuanto nos echamos contra un árbol o nos enderezamos hacia las constelaciones, el enjambre atómico en que íbamos parando, se nos detiene por ensalmo, y se nos reacomoda, según la Ley, en corporizaciones de ver y tocar. El Caos retrocede y el demiurguillo nuestro recomienza la alfarería eterna. Nos acordamos de los buenos tiempos de horno y de torno, y nos reincorporamos al taller que se había dinamitado. Ella misma nos advierte:

Vengo de un tiempo triste e incendiado.

El hermoso poema "El Retrato" que abre el libro, cuenta la aventura de Esther con el siglo, y llama "criaturas mías" a las palomas enfiladas que vuelven al palomar después de travesear por dos mil aires. La poetisa apunta aquí, de paso, la unidad lograda:

Ya vida y canto son una ala sola.

La venturosa baila estas Pascuas unitarias que alegran también a quienes la queremos. Nos gusta saber de su boca misma que tal suceso arranca de operación integradora y no de pérdidas, porque es lo común que del desorden báquico, pasemos los criollos —por extremosidad española— a ciertas unificaciones en cuarzos frígidos y entecos. Los conversos —y Esther lo es— se dividen entre los ígneos que se ponen a arder en an-

torcha de carne sin consumirse y los que, por miedo de plasticidades paganas, primero se encogen y luego se mueren.

VUELTA A LA ALEGRÍA

La alegría que traen las mudanzas será quien ha dado a Esther el ritmo vivo de la "Lluvia", vivacidad que se prolonga en casi todas las demás por una resonancia que dura hasta el fin del libro y que gana el pecho mismo del lector. Resonamos una hora de su ritmo; somos el sumiso tubo de aluminio que lo repetirá la semana entera.

Unas combinaciones a base de endecasílabos y heptasílabos, manejados de manera libérrima, hacen la corporalidad de casi todos los poemas, y agregan al libro otra homogeneidad más. Me hace falta tener al lado un viejo pitagórico que me susurre a la oreja el sentido de esta adopción del poeta. Entre casamientos místicos, el de nuestros sentidos con una medida y un ritmo me intrigó siempre por misterioso y digno de averiguación.

La alegría, musa eterna, pero abandonada durante siglos, vuelve a levantar la cabeza en la poesía de estos años, penosamente, porque los pudrideros otoñales del romanticismo tardan mucho en disolverse.

Mirando de cerca, el gozo de Esther de Cáceres confiesa, aquí y allá, una voluntad heroica: ella quiere rehabilitar la boca triste para el pan del gozo. La creencia la salvó del lado diestro, y su vitalidad desde el otro, y así ella ha podido aventar los dolores y el dolor como hace la gaviota hostigada por los pájaros de presa.

La vitalidad que nos sirve en los negocios más

opuestos, ha valido a mi compañera, que no es una Judith pero suele resbalar hacia Débora, el mantenerse recta y entera en las tormentas y en los sismos de dos generaciones. Y lo que atravesó sin daño una borrasca, también ha de cruzar sin hacerse pedazos, la otra que sólo comienza.

RIQUEZA TEMÁTICA

El idilio luchado de Esther con el viento, es cosa substancial y digna de releerse; su contracarrera de Atalanta torturada, batida por los cintajos del gran gitano. Lo quiere y no lo tiene, pero lo persigue; se trenza con él y su rabioso amor acaba vencándolo. ¡Ay, amiga Esther: él no es nunca el vencido; él es quien bailará en nuestras sepulturas!).

Por ahí se atraviesan en las nubes sin razón alguna, y nos enfadan, unos pianos impertinentes. No logramos emparentar con la espumajería divina de la nubazón, a esos tontos laqueados en el negro peor, y que nacen y mueren "pesados de la más pesada pesantez".

Pero nada más que a vuelta de hoja se nos deshace la cólera: ella nos da una visualización y un tacto admirable de *Libros* transfigurándoles el pobre cuerpo de celulosas viejas.

No hay juego más absurdo que el de las piezas de un libro de versos. De la fila recoleta de los *Libros* pasaremos a una "Fuente", escuchada y absorbida por oído muy espiritual, por orejas sin carne. Son los surtidores de una "Fuente" y "cantan sobreviviendo". La muerte de los chorros, que no se ve, a causa de su inmediata resurrección, se dice aquí con manera lindamente elíptica.

Siguiendo este itinerario de poeta, el más ataran-

tado del mundo, ahora paramos delante de una Hiedra simbólica que no se quiere tocar, de verla así, delicada y dolorida, y conocemos el muro de su arrimo que es carne viva también, como su amante.

Todo es carne para la humanísima Esther, aunque ande desde hace años enamorada de los ángeles. Esto no es aberración ni es el amor empecinado de los contrarios. Las mujeres sabemos desde todo tiempo que la escalera adámica va desde la bestia al ángel, pero sin saltarse al hombre, y sabemos igualmente cómo el burlador que se salta el segundo escalón rebana al Ángel antes de abrazarlo. La amiga mía no corre ni vuela peldaños: los sube morosamente: soberbia no es, insensata menos.

Reparamos leyendo "La Hiedra", asunto blando, que a otro lo echaría a buscar lanas verbales, en uno de los grandes equilibrios de Esther. Su verso no da nunca al lector el codazo feo de una dureza aquí o allá, pero tampoco se reblandece por apego al asunto, acabando en la jalea de vocales y consonantes deshuesadas. Sus estrofas corren ni cascajadas ni enjabonadas; ellas tienen hueso, tendón y carnecilla, como el brazo de Eva.

Me gana los ojos y el entendimiento "El Fuego", que ella nombra a maravilla como el "único árbol despierto a través de la muerte". Muy rica ha de ser la que alumbrá novedades en tema tan rasguñado por la poesía actual. Esther da los fuegos de afuera y el más nuestro de todos, el que va por la caña de nuestros huesos, y da otros fuegos más, en sólo tres coyunturas de estrofa.

A nuestra hermana la condensación le viene y conviene. (Tal vez no sirva a todos los que llegan, como Juan Ramón, de vuelta de las plétoras y se avergüenzan de sus congestiones pasadas).

DOS POEMAS

Punzante y sangrador, para mí, es el "Canto Ardiente", esta vela mortal de hombre vivo que Esther recibe de la Imaginación pura, tremenda diosa endrogada a quien servimos por bien y mal nuestros.

La poetisa, que es médica, es decir, mujer fuerte, ha sido capaz de estregar en la mano aquel cuerpo que-rido, como quien toca una medalla sintiéndole a la vez el lado entero y el que se desmorona. Yo, flaca de años y de congojas, no puedo con la prueba y me disuelvo en ella; Esther puede, porque siempre fué más lejos que yo en los corajes del alma.

Sigue un poema señaladísimo, el pungente "Nocturno Herido", que remata la experiencia, para mí tremenda:

Mientras las nubes pasan sobre el tapiz antiguo
del tiempo herido
yo olvido el suave musgo y los pies vivos

porque tu ser tendido
yacente en mis rodillas
me atrae como la sed. Hacia tu muerte
como hacia el mar me inclino
y me busco en tu faz como en espejo
hasta que el día declina.

Duermo entre tus imágenes
redobladas y vivas
y la aurora sorprende un raro sueño:

Yo voy corriendo mi veloz carrera
sobre mármoles fríos.

Pasan las nubes... son veloces... miran
un ser yacente, un templo entre cipreses
por el agua del mar humedecidos.
Miran una gran fuente
plantada como un árbol
en medio de la tarde y el olvido...
Sola imagen tranquila
de tu muerte tendida en mis rodillas.

En fuente y ser de muertes yo me miro
y pasan nubes
sobre tu ser tendido,
sobre mi ser que el Tiempo no atraviesa,
sobre un tapiz de tiempo
que fuga y permanece;
sobre un césped de tiempo
donde la cruz de Amor se planta cada día
y mis pies silenciosos y desnudos caminan!

MÁS ANGELES

Regreso a los Angeles, porque la dionisista me los ofrece de nuevo. El poema de su nombre me recuerda el voleo de alas que lanzó Eugenio D'Ors cuando le importaba más el Areopagita que el Gral. Franco. (Ay, pena de mi amigo querido!). La bandada de ellos, el catalán la recogió en el misterioso Dionisio o en el más próximo Cardenal Newman, que ardía de ellos.

De aquel voleo de alas saldrían los primeros ángeles de Rafael Alberti y de allí todos los hispano-americanos que cortan el aire y rasan el suelo de nuestra América a medio cristianizar todavía. Sabemos que en estas regiones la mayoría son dudosos y han salido del ingenio y la tinta, y no más. Pero escarbando (¿por

qué no escardar en plumas también?) pueden hallarse varios ángeles genuinos, parientes del prometido a Moisés y del Angel mariano, que tal vez sea el mayor. Entre éstos andan los que Esther posa en el libro, convidándonos al "creer para ver".

Aun nos retiene hacia el final del libro hermoso, una fantasmagoría de la mano. Es la suya. Su diestra ajetreada y quieta de mujer de menesteres opuestos, y tan lograda resulta allí como en su vida.

Miramos a la compañera a través de los ocho años de no verla, y la reconocemos bendita en el arte y en la caridad. La mano que nos da despidiéndose, se parece a la de su Hiedra, en la palma abierta y los dedos taumaturgos, que curan tanto en la canción cristiana como en el hospital laico.

GABRIELA MISTRAL

Petrópolis, marzo 1945.

CONCIERTO DE AMOR

RETRATO

I

VENGO de un tiempo triste e incendiado
caminando entre espanto y maravilla.
He visto muertos solos;
libros puros, perdidos;
altas puertas cerradas...
¡Y soy triste y alegre todavía!

II

Amo los seres libres y los árboles,
las manos silenciosas,
las ramas que el sol toca

y la cara tranquila de las cosas:
¡Todo me ha dado el que me tiene toda!

III

En jardines de sueño o de vigilia
no las recuerdo... ¡vivo
las criaturas mías!
un vuelo de palomas,
un bosque estremecido,
tu cara entre las flores... ¡todo vivo!
¡Todo va por mi sangre
en largo espejo lento, sumergido!

IV

Me tiendo en playas de oro...
Salgo al campo nocturno...
Doy al aire del mundo
el cabello agitado,
la mejilla encendida...
¡Y sé andar entre espadas y entre espinas!

V

Sólo tengo estas casas:
el fuego
sin puertas, sin ventanas, sin umbrales.

El mar, de orilla dulce

o de orilla espantada...
¡sin puertas, sin ventanas!

¡Tú, ya sin canto,
como el Mar, como el Fuego,
cerrado y desbordado;
sin puertas, sin ventanas, sin umbrales!

VI

Ángeles de la noche
y ángeles de la música
van y vienen cruzándome!
Yo sé reconocer a cada paso
los ángeles del Aire!

VII

He cantado la hiedra y el paseo,
lós árboles con lluvia, el hondo viento,
los paisajes del sueño y del desvelo,
¡el alto amor del Cielo!

VIII

Y en este mediodía me contemplo
—ay, mi niebla lejana...!—
Ya estoy bajo el sol alto;
camino entre los árboles más míos,
sufro todos los llantos,

siento todas las vidas,
y en todos los espejos
encuentro mi sonrisa no perdida.

IX

Todavía sueño cantos:
las fuentes, los navíos,
las criaturas tristes
bajo las bellas nubes encendidas.

¡Ya vida y canto son un ala sola!
¡Ya soy yo misma la despierta isla!

Junto al aire y los ángeles,
con pies de una pasión nunca vencida,
camino, vagabunda, entre mis cantos
sin puertas, sin ventanas, sin orillas!

EL VALLE OLVIDADO

CANTO A LOS ÁRBOLES

I

EN mi sueño viven los árboles
una vida maravillada;
dan sombra al oscuro deseo,
miran ríos de silencio y de llama
y se quedan siempre en reposo
—hojas que no dan paso al aire,
troncos que son vivas columnas
y sostenes de cielos extraños.

—Un silencio sin color ni forma
tiene refugio en estos árboles.

II

Salgo del sueño como de un mar vivo
con las mejillas aún mojadas
y entro en un valle por el que camino
hendiendo el aire con mi alma.
Ahora encuentro estos árboles vivos
cuyas hojas dan paso al aire
—firmes troncos en que me apoyo!
fuentes despiertas de mi alma!

III

Llego a los bosques con un paso mío
y sobre la tierra descanso.
Árboles altos y deslumbrados
me van guardando,
y cada hoja es un espejo
del cielo lento del verano.

Por estos troncos
va mi mirada caminando
hacia la copa desenvuelta
donde mil espejos dorados
brillan despiertos y reflejan
la luz de un día inolvidable.

Estas ramas del mediodía
son las que en una noche he amado
—sombrió camino hacia una fuente;

secretas, dulces altas ramas,
por donde asoman las estrellas
en mi noche más sosegada.

IV

Puedo robar un solo árbol,
mirarlo a él solo;
vivir la vida de sus hojas,
como va el aire, acariciándolas,
con una mano de seda o llama
entre los pájaros que cantan.

Ya me abandono y me deslumbro
para mirar, como mi árbol,
el paso dulce de las nubes
el quieto ardor del aire!

No hay mar, ni arroyo, ni lento lago;
pero este árbol
es fresco y vivo como el Agua
—es hermano del Agua...—
Y el mar lejano me sonrío
en cada hoja de este árbol.

V

Como los seres dulces, callados,
van llegando otros árboles.

Crece el bosque y yo me levanto,
entre ardientes columnas avanzo
—¡me toca el aire entre los árboles!

Crece el bosque y ya vienen
todos mis árboles.
Vienen aquellos que en el tiempo
todavía cantan!
Los que en mi infancia acariciaba;
otros que he visto desgajados
entre los vientos y naufragios,
y aquellos árboles extraños
frescos y vivos sobre las tumbas
o tapizándoles
de terciopelos graves el Aire!

VI

Ya estoy enloquecida de árboles
y me tiendo
sobre la tierra ardiente y blanda
para mirar un solo tronco,
una sola copa callada,
la sombra de un árbol solo
que me recuerde los de mi sueño
y me sonría como el Agua!

CANTO A LA LLUVIA

I

Oigo tu canto, vencedora Lluvia,
hija del cielo, libre como el cielo!
Caes con largos silencios
hasta decir pasión sobre estos árboles,
sobre esta tierra ardiente;
hasta ser sangre;
hasta transfigurarte en amapolas
y encerrarme
en una cárcel firme de música y de agua!

Ya dialoga contigo
a través de las lágrimas

mi alma.
Golpea contra tus puertas;
busca, sin encontrarlos,
tu secreto color, tu más secreto canto.

Te oigo
derramada y secreta, terca lluvia,
que ignoras toda muerte!
Desde un oscuro sueño te recorro
y voy, desde tu canto
golpeado sobre piedra y sobre árboles
hasta aquellos silencios
por tu agua caminados.

Y te recorro toda
desde la tierra llena de misterios
hasta las nubes claras;
y ya me pierdo
en aquel paso de silencio y llama
con que te vas, en nubes caminando,
sobre cielos que amo!

Ahora vuelvo
desde las nubes madres
en la delicia extraña de tus aguas
y golpeo contigo sobre la Tierra
llena de huellas desoladas.

Y vuelta al sueño oscuro
me quedo otra vez sola
encerrada en mi alma,
mientras arden los árboles
golpeados por el peso de tu canto!

II

Salgo hacia ti
desconocida Lluvia,
violenta lluvia
por la que voy a olvidar flores
un instante;
ardiente lluvia por la que abandono
mis llamas, esta tarde.

Vas hacia grandes ríos...
Ya te sueño,
Lluvia transfigurada:

sobre ti los barcos,
sobre Ti cielos grandes
y los pájaros mágicos.

Pero hoy te amo
como esos cielos,
como esos barcos,
como esos pájaros...

Tú me das una casa de misteriosas puertas
altas;
un bosque de cristal por donde asoman
maravillosas caras!
¡Una voz, una mano y una risa
se me tiende entre el agua,
y mi deseo más misterioso
se vuelve claro!

¡Reveladora y libre lluvia,
única criatura
que vas vistiendo y desnudando
las altas llamas
que viven en mi cara!

III

Ahora fina llovizna
que llegas sólo al alma!
Lluvia de seda, flor sobre las sienes,
flor de agua!

Traes otra vez violetas
y música callada:
¡por ti canta otra vez
el alma sosegada!

IV

Ya es claro el aire!
Ya te siento, Lluvia,
quieta en la fuente
y en este canto limpio
huído de sueño y lágrimas!

Ya no eres Tú; eres sólo un recuerdo
de amor secreto;
de presencia encontrada
en tus bosques de agua,
y llegada a mi canto
a través de tu cara!

CANTO DE ESTHER Y EL VIENTO

HUYENDO estoy de ti,
criatura de fuego y soledades
que persigues mi sangre y me arrebatas
al amor dulce, al sueño, al mar, al canto!

Hondo bosque de noches atravieso
oyendo tu batalla con mis ángeles;
y despierto,
toda herida de Ti,
con violentas señales
de tus guerreras marchas.

He buscado tus puertas
para cerrarlas con pequeñas manos
y con cantos!
Pero llega un otoño en que te siento,
te dejo entrar, te miro,
dialogo con tus voces
y te entrego mi cara!

Rompo las puertas y me voy contigo;
te persigo;
te robo a ti este paso
entre árboles y llamas: esta danza!

Y corriendo a tu lado
te arrebató a tu sueño
a tu mar, a tu canto,
a tu violento amor
por la seda del aire.

Ahora sé cómo eres,
Viento vencido y mío! Cesan las batallas
de tu locura y mis dorados ángeles.

Ya no robas las caras
que corren por mi sangre.
¡Una sola pasión nos ha creado!
Formas del Fuego somos;

formas de un mismo Amor, tan entregadas
al mar, al sueño y al jardín secreto...

Ya atravieso
toda la noche amándote!
En el aire, en el alma ya eres mío
viento de soledades!

Golpeas sobre mí y sobre los bosques
de mi noche. Ahora llegas
—tu antigua voz de órgano y mi voz abrazadas—
y tocas aire y alma
con sosegado acorde,
ay! mano solitaria!

LA NOCHE

I

UN alto mar de sombra ya invadió todo el Aire,
y en el gran sueño oscuro
relucen, solitarios,
los vastos ébanos con que el Amor talla
arcas insomnes de secretos pianos.

Bajo la noche
busco antiguas estatuas.
Exploro el hondo bosque donde el Recuerdo posa
su extraña mano de cautela y llama.
¿Son mis desconocidas gacelas ya dormidas

o son lentos follajes?
¿Es una cabellera perdida entre los tréboles
en la extensa morada de fragancias del Aire?

¡Soy yo, soy yo, yo misma
perdida entre los árboles,
sola entre oscuros árboles!

Soy yo, soy yo, yo misma
en cristal apagado
y dormidos esmaltes!

Dejo el bosque secreto, dejo el jardín sin cisnes;
atravieso los muros invisibles del Aire,
y ya estoy en el ámbito
de la gran noche sola!
—Alguna de mis muertes se ha quedado llorándome!

II

Vienen las Soledades y juntas contemplamos:
Ya no hay más que la Noche
¡una gran flor de sombra
quieta bajo el rocío!
¡La Noche y yo — ¡su llanto! —

Hasta que se despierta
la oscura flor... ¡Ya se truecan las lámparas!
¡Ya un aire de gacelas
se acerca a despertarme!...
¡Los mares del Día cantan!

LOS PIANOS

¿QUÉ piano me recuerdan
las nubes esta tarde?...

Lejos de acantilados
en donde el mar se rompe
llorando!;
lejos de ciegas llamas
que una mano desata
para su muerte incauta,
ya no eres gris espada
ni violento relámpago!

¡Las nubes me hacen dulce
tu recuerdo en la tarde!

Como se planta un árbol
hoy dejo sobre el mundo
tu imagen:

Tú eres como los pianos
distantes en la tarde.
No acantilado: blanda
playa de seda y algas
a donde mi amor llega
cantando!

Las lentas melodías
a tu alrededor vagan,
como aquellas gaviotas
que se acercan a un barco
y le hacen una nueva
quilla blanda!

¿Qué piano me recuerdan
las nubes esta tarde?...
Tú eres como los pianos
y las nubes distantes!

LOS LIBROS

I

ANTES que se apacigüe el mediodía,
antes que el pie se acerque
al suelo en que despiertan
tulipanes sombríos,
quiero cantar los libros!

¡Qué ramaje recóndito
mecido en ancha sombra
de silencio o de cantos!

Toco en ellos la mano
del inmortal Amor, estremecida,
segura, caminando
sobre los surcos vivos!

Y ríos y ríos de viajeras manos
acariciando estampas,
hudiéndose en el lago silencioso
o en el fragante mar desconocido!

II

Y es un jardín tranquilo
llamándome!
—Las páginas, flores serenas
por donde el viento no pasa,
en un rincón ceñidas castamente!

Y es un gran lago vivo
por ojos de mil seres navegado
llamándome!
—Espejo que la Muerte
con su tiempo sin luces no ha empañado...
ni quiebra en dura grieta
ni vence en sueños vagos!

III

Voy al bosque del alma...
Las ramas se sosiegan...

y hay un vasto silencio enamorado!
¡No más cautivas manos
ni soñoliento pie crucificado!
¡Sólo mi frente libre en soledades!

Mientras el rumor vivo
del mar apaciguado
llega al jardín antiguo
donde se posan el Amor y el Sueño
con ala triste, sobre el Aire claro;

y la tarde concierta
sobre ceñidas páginas
— mano y olvido, flor entre las flores —
la luz jamás herida
de sus eternas lámparas tranquilas!

MELODÍA DE LOS CISNES

CISNE tú, como cisnes de un olvidado lago
que se asoma al recuerdo con violetas tranquilas!
Viajas como los cisnes en que el Amor descansa
con una luz antigua
cuando somos el sueño de una sola flor sola,
Tú, Cisne de los cisnes
y Yo — tu melodía!

Ya el otoño se cierra con un oro sombrío...
Un gran pétalo solo
camina por el cielo de las flores dormidas.

Y cisnes del Recuerdo
hunden en el silencio de remotos jardines
su cuello y su concierto: su apagado abanico.

Sólo tú, extraño ser que me escondes los cisnes
quedas bajo la luna!
Y todas las violetas sumergidas se apoyan
sobre tu ser de cisne
sobre mi melodía!

LA FUENTE

ENTRE árboles extáticos
y flores soñolientas,
cuando todos los astros del verano
caen sobre los jardines con ardiente cadencia
tus surtidores cantan
sobreviviendo!

Remotas aguas, columpiados barcos
descansan en tu dulce cara quieta.
Tus tranquilos mármoles
se dan al aire y sueñan

y la gran noche mágica
del jardín se levanta
para ver nuestro encuentro.

La muchedumbre de las fuentes canta
por esta sola boca tuya ¡Fuente!

Ya puedo amar sin vértigos
este espejo de sombras, este canto;
porque ciñes los mares de mi ser en la noche
y detienes el Tiempo!

LAS NUBES

No he de perderme ¡oh Nubes! desde el paso de nubes
hasta el rocío brillante, el mar o la llovizna!

Mis ojos siguen la cadencia extraña
de nubes sobre el cielo;
el temblor en la hierba,
las llanuras serenas y las grandes montañas
del Mar... La niebla fina...
Toda la sinfonía luminosa del agua
que en las violentas lluvias
de los trópicos canta;

y allá arriba
su alta fuente ceñida!

Dialoga este gran paso de majestuosas nubes
con las sombras viajeras
sobre el campo, el jardín y el ser transido.

Es otoño. Las quintas,
los grandes lagos tristes
y las estatuas grises
copian este infinito
tapiz de luz y alma.

Sólo el gran mar avanza
con su gran paso antiguo
sobre perdidas lágrimas
y perdidas lloviznas.

Las nubes de este día ya oscurecen
el ala azul del mar!
Dan de beber al Aire y apaciguan
los ardientes paisajes doloridos!
Abandonan el alma!
Ya se hunden
como los grandes pájaros
de lento vuelo altivo

más allá de la tarde,
en el eterno mar desconocido!

En los desnudos cielos de la noche
las soledades cantan
sobre el campo dormido!
Nuevos amaneceres
me mostrarán los árboles
el acero del mar y los molinos...
Nuevas nubes,
nuevo silencio vivo,
de nubes y rocío;
nuevo canto de lluvias, nueva lágrima
entre los ceibos finos!

No he de perderme, Nubes, entre el paso de nubes...
Llanto, lluvia, rocío
son flores, sólo flores
de un gran jardín lejano
que las altas estrellas alucinan!

RECUERDO DE VIOLETAS

Yo estoy dentro de un Mar donde los cantos viven
en tiniebla extasiados...

Llegan, me tocan, vagan
con alguna hoja náufraga
por otoños del Mar suavemente llevada
y juntos reposamos
sobre el gran sueño lento de las algas.

No recuerdo la orilla
de adiós y muerte y luces apagadas...

Sólo recuerdo el Aire separando
con sus secretos dedos
mis dolientes cabellos extraviados
cuando cruzábamos
el Aire y yo
— aire y cabellos vivos derramados —
por la gran Primavera
de ardientes vientos arduos;
cuando nos acercábamos
a una columna erguida,
con hiedra, con saetas,
con ser encadenado,
entre las casas muertas
en un día de violetas
sobre cara en dolor y párpados cerrados.

Todos los soñolientos seres del Mar se acercan
con apacibles manos a mis hambrientas manos.
Si levanto los párpados
veo el sueño de violetas:
Entre tú y yo se miran desde el Aire
asomadas al Agua
como un cielo cercano
sobre el gran Mar de Amor transfigurado.

EL FUEGO

YA lejos de los árboles ardientes y mortales,
yo me acerco a cantarte!
Recuerdo la alta llama;
los grandes bosques que tu mano quema;
los muros derribados
entre las voces que la angustia vela;
y el metal de la guerra
por donde corres como vena ciega.

Recuerdo el gran secreto
con que te guardo dentro de mis huesos,

cuando en las horas lentas
el verano te esconde
en cada flor sedienta.

Y te amo, hijo del Aire,
Fuego —Casa de Amor— barca del Aire,
barca del Día en el Aire!
Único árbol despierto a través de la Muerte!
Más solo que la Muerte!

EL AIRE

¿QUIÉN devora tu imagen?
¿QUIÉN detiene mis párpados?

El aire estremecido que te envuelve
me separa de tí; ciega mis ojos.

Hondo mar tuyo y mío!
Hondo mar solo y mío!
Las islas cantan quemadores cantos
y el aire estremecido ciega y cierra

y sumerge
soledades y cantos!

Pero cuando estás lejos
un aire quieto envuelve
tus marfiles quemados.

Hondo mar tuyo y mío
cantan un solo canto;
son una quieta seda...
vivo mar! Caen las flores
sin sumergirse, eternas,
en el Aire extasiado!

EL MAR

I

CARRERAS de corceles de un mediodía marino
llegan hasta la orilla!
Te siento, Mar, gran Músico!
¡Ya comienza tu canto
contra la noche viva!
Es una alta cascada, es un himno de invierno,
o la última batalla de los tonos sombríos.

Y cuando ya camino
con suave pie sobre las algas finas,
siento la melodía de tus olas mecidas

y en lejanos tapices no marchitos se apagan
tus violentos ejércitos dormidos.

II

Sé que bajo tu cara
la gran noche sin astros esconde con sigilo
tus corales selváticos
y estrellas sumergidas.

Esta noche sin astros y la noche que duermo
hacen de terciopelo
al vasto lapislázuli y el aire estremecido.

Un gran silencio se abre como los heliotropos
en el sueño sombrío,
y mi noche sin astros, tu gran noche sin astros
—mar en el mar— se tienden sobre la eterna orilla.

III

Pero cuando en el alba juntos nos despertamos
y pareces el campo de las flores de lino,
yo olvido tus luciérnagas,
tu gran pleamar de ancho compás y luna,
y la insomne canción entre cipreses
que en tus llanuras del Invierno he visto.

Gloriosas barcas cruzan
de una orilla a otra orilla;
van a tus altas cumbres
por invisible coro sostenidas.
No conocen tu noche ni mi noche...
¡Son las barcas del día!

IV

Ya estás solo ante mí, Mar de la Aurora,
como un salterio antiguo
y el gran amor te digo:
Mis años han crecido en tus orillas...
En ti aprendí cipreses
en ti aprendí corceles;
por ti supe los tonos profundos de las viñas,
y la gran embriaguez, y el don del Alma
y las pausas del día!

V

Ahora es la tarde, Mar, lenta amatista
bajo las nubes vivas.
Vuelvo otra vez a tu fragante orilla,
al embeleso triste de tus perlas cautivas,
y mis ojos descansan
sobre tu ramazón tendida de glicinas.

LOS ADIOSES

DESDE un balcón de ardientes piedras vivas
abierto al mar — frente en mano apoyada—
el resplandor de los esmaltes miro
de la inmortal pradera navegada.

Tras el cristal intacto
yo, que canté navíos,
sólo miro el dibujo de este barco
preso entre minerales
—Algún Apóstol guarda
la ruta silenciosa de los viajes.—

El llanto en primavera
hace más tierno al aire
y no toca la paz de estos cristales.

Al balcón encendido
no llega más que el canto de los pianos
y los sueños del aire...
Un paseo entre cipreses
junto a esmaltes del Mar... Unas cerezas
en la tarde extasiada!

¡Desde un balcón de eternidad te miro!
Ya voy por esta calle,
tan sola entre los hombres y los árboles...
—¡una sombra de barco en el recuerdo
y un libro amortiguado entre mis manos!—

CANTO A UNA FLOR

UNA flor aparece en este bosque!
Convierte el bosque en resplandor y canto,
en gran casa del alma!
¡Y el Tiempo ya no es más que un árbol solo
todo envuelto en el Aire!

Yo encuentro tu color, tu no vencido cuello
y este río de marfil en que me hundo
cuando te siento!

Ya te alejas
y conviertes mi Tiempo
en anchas soledades!

Ya te acercas...
y otra vez río de marfil crecido
me invade el ser y corre
y corre y lleva flores
inmortales!

Sola yo. Canta el fuego
en la Casa del Alma. Y bosque y Tiempo
se miran largamente...
¡Sueñan tu amor tendidos en un valle olvidado!

NOCTURNOS

ELEGÍA DE LA HIEDRA

TANTO este muro levantado y firme
que una noche de lágrimas tapiza.
¡A veces brilla al sol y me recuerda
los fríos metales duros, invencibles!

Contra él golpean mis tenaces manos
atravesadas por Amor y espina...
—Voy acercando mi cara de llanto,
hoja nueva de eterna hiedra viva!..

Hasta que llega, sorda y alejada
tu voz de terciopelos escondidos . . .
Siento que estás aquí, detrás del muro,
con tu gracioso cuello dolorido.

Y hay una hora dolorosa y sola
en que ya sé que el muro eres tú mismo
—¡Tú, mi flor silenciosa y sin oído! . . .—

Ya es contra ti que golpean mis manos;
Ya es contra ti que apoyo mi mejilla
en un estío que los jazmines cubren

hasta las altas nubes solitarias
y los hielos eternos, doloridos!

LA SAETA

I

UNA saeta nace!
Llega hasta la pradera
del sueño. Arde en el fuego
en que los ojos arden.
Y el gran Amor le mide
las poderosas pausas de silencio y milagro.

Entra en la casa. Toca ardientes lámparas:
se posa en una llama
y los nocturnos giran
a través de ventanas agitadas.

Corre al mundo creado
por prodigiosas manos.
Vuelve; clava en el canto
su secreto de cruz, de barcos y de pájaros.

Viene hasta mí. Desata
las alas de este vértigo.
No descansa
en los lentos jardines que mi olvido le tiende...

Sólo se hinca en mi mano
Detiene el pulso extraño...
¡Y antes de que Tú tengas hambre
ya es mía toda tu hambre!

II

Envuelta en terciopelos conmovidos
una Madre transida
con sus siete saetas,
me está mirando!
Su coro de columnas sostiene el aire vivo
del encuentro que arde,
y los grandes desiertos
de la Pasión nos tienden suelos áridos
por donde juntas vamos,
con los ojos clavados
desde la cruz de Amor
en tierras del Invierno y cielos altos!

III

El Ángel que custodia las saetas
abre la flor del Extasis
como se abre una mano,
y todo lo convierte en alto cántico!

Cruz y saeta se han transfigurado
en un gran cedro vivo entre los cedros
bajo el cielo estrellado!

IV

Desde el silencio de sus terciopelos
la Madre al pie de Cruz, entre columnas
de ardientes capiteles agitados,
me está escuchando:
Yo canto esta saeta
junto al cedro de Amor
entre los cedros vivos solitarios!

NOCTURNO DE CIPRESES

Aquí el ciprés de llama que alucina;
aquí el mar y la noche, y tú tendido
—otro mar, otro cielo aquí tendido...
¡Qué oscuro olor de noche y olas tristes!

Alrededor de los nocturnos riesgos
llorando oscuras lágrimas, perdido,
el escondido Amor, el dolorido,
vaga tanteando entre los cantos ciegos.

Ya retorna a los dentros... va cerrando
oscuras puertas que se están plegando
como la flor vencida de los libros!

Aquí estoy yo junto al otoño vivo!
Vengo a encerrar tu noche y tu desvelo
entre cipreses del Amor y el Sueño!

CANTO ARDIENTE

Está de pie quemándome
tu Muerte!
Los ríos de fuego corren
sobre el cielo de invierno!

Se inclina sobre mí
tu Muerte. Ya se apoya
sobre mis hombros lentos.
Palpa todo mi cuerpo...
Habla tu Muerte.

Es tu voz, son tus manos
y ya no es más tu muerte
sino Tú mismo, Tú resucitado
porque te doy mi ser
en este canto ardiente!

MI MANO

TODAVÍA va labrando la vida sigilosa
su abierta palma.
Tiembla entre flores, toca fríos cristales,
se hunde riendo en el agua,
y en una noche extraña
vientos de Amor y Muerte desata entre los árboles.

Ya se pierde en el aire
revoloteando
con doloridas hojas y presagios amargos.
... Ya es la mano del aire!

... Ya se quema en las llamas que atraviesan la tierra
y atraviesan su palma!

Quedo sola en un mundo
de altas cumbres nevadas!
— suelo de piedras áridas...
duras manos labradas... —
¡Y leones de Amor llegan
hasta el antiguo fuego
de hogueras exaltadas!

Todo llanto errabundo
viene a este río de lágrimas!

Desde las azucenas, taciturna azucena
vuelve mi mano!
Ya despiertan praderas adentro de sus dedos;
Ya los huesos esconden
su dura nieve
cubierta por la flor y por la llama.
Y en la tranquila palma
mi sien triste descansa
con el recuerdo que estremece y canta.

Miro mi mano:
Los dedos fieles
dueños del orden y el pilar sagrado,

aprimonan un ala lenta y negra
junto a sombras de Amor arrebatada,
en un aire sin huellas,
mientras duermen los vientos de la Muerte su tregua!

NOCTURNO HERIDO

MIENTRAS las nubes pasan sobre-el tapiz antiguo
del tiempo herido
yo olvido el suave musgo y los pies vivos

porque tu ser tendido
yacente, en mis rodillas
me atrae como la sed. Hacia tu muerte
como hacia el mar me inclino
y me busco en tu faz como en espejo
hasta que el día declina.

Duermo entre tus imágenes
redobladas y vivas
y la aurora sorprende un raro sueño:

Yo voy corriendo mi veloz carrera
sobre mármoles fríos
Pasan las nubes... son veloces... miran
un ser yacente, un templo entre cipreses
por el agua del mar humedecidos.
Miran una gran fuente
plantada como un árbol
en medio de la tarde y el olvido...
—Sola imagen tranquila
de tu muerte tendida en mis rodillas—.

En fuente y ser de muertas yo me miro
y pasan nubes
sobre tu ser tendido,
sobre mi ser que el Tiempo no atraviesa,
sobre un tapiz de tiempo
que fuga y permanece;
sobre un césped sin tiempo
donde la cruz de Amor se planta cada día
y mis pies silenciosos y desnudos caminan.

EL AIRE Y LOS ÁNGELES

CRISTAL DE AMOR

CUANDO te veo
tan solo entre los hombres y los árboles
quiero olvidarme de este Amor en sombra
que sonríe y arde
para cantarte y dibujar tu imagen
en el Aire!

Y tengo que volver a esta penumbra
en que el Amor me hace
arder y sonreír para mostrarte
en cristal solitario

tu imagen — otra vez quilla de barco
que rompe el mar y el aire!

Ay! lúcido racimo de uvas frescas
en mis manos trocado
en rojo y silencioso coral lento
como el verano!

Ya te roba tu vértigo
al cristal solitario;
vuelves a ser apasionada marcha
entre libros, y árboles, y llantos.

Yo me quedo mirándote: sólo eres
un gran viento que corre, quema y canta
amor en todo árbol
y en todos los rincones de mi alma.

Un gran viento que corre, quema y canta
y que en profundos mares del verano
desgaja, silencioso, mi corales!

LOS ÁNGELES

Los Angeles del Mar custodian el silencio
en que se envuelven los barcos que andan
y los que suavemente se columpian
y los que en la noche sobre el mar se duermen.

Los Angeles de los jardines custodian el silencio
con que las flores crecen, viven y contemplan.
Pueblan el aire entre el cielo y la tierra
y tocan la quietud de los bancos de piedra.

— En mar y jardín van aterciopelando
mi Amor, a través de silencios. —

Pero me hace llorar y morir de cánticos
aquel Ángel que más silenciosamente
entre mil ángeles camina, dentro de la gran cárcel
en que las criaturas lloran y se pierden.

Él se va separando
y en inesperada visión lo encuentro.
Va por el fuego, entre los hierros, entre los árboles
o entre las cascadas del cielo!

En la hora más viva del mediodía
lo espero con ojos lentos;
Él viene joven como las jóvenes flores
y se acerca a una fuente.

¡Ya veo su esbeltez junto a la esbeltez nunca agitada!
Como un pájaro llega, se posa, resplandece;
y el aire tiembla, rodeando esbeltez y reposo,
y los mármoles sueñan!

Como un pájaro, como una hoja adorable del otoño
ha llegado, y ya parte
hollando los melodiosos céspedes!

Ángel y fuente quedan en mí: son la dicha extasiada;
me esperan en la hora de mi sueño.

Lejos tañen el Aire, vagan entre los árboles,
posan manos desnudas y blancas sobre el fuego
los ángeles.

Y otra vez se separa,
va dejando su fuente
el Ángel solo y mío. Todo desaparece.

Ya me mira
como las flores miran.
Ya sonríe... ya se inclina...
Arpa trocada — ay! —
ya me contempla!

EL SUEÑO

CUANDO en mis hondos bosques
cruzas el aire vivo
como un lebrél esquivo,
no sé sin son los árboles o el cielo
o si eres tú quien huye
en un viento de duelos!

Las torres de vigilia y desconsuelo
sufren la ardiente ráfaga
que tu paso levanta.
Y el Aire entre los árboles descansa

la mano tierna y fina
que sostiene a mi sueño y mece el Día.

Se apacigua la Noche... Una muerte escondida
de sombra lenta y pájaros me espera...
Brillan retornos de esmeralda herida...
Vuelvo a olvidados libros;
Vuelvo al cantado mar y sus corales,
y en el aire recóndito
de flores emboscadas
descansan mis olvidos y miradas.

Los terciopelos crecen
después que tú has pasado
dejando mis follajes constelados.

Y cuando —acompañadas—
caen las grandes estrellas de este sueño,
yo siento que descansas
tendido en lenta pausa
junto a los grandes lises que en la Muerte me aguardan.

MADRIGALES, TRANCES
Y SAETAS

RECUERDO DE UN LAÚD

MADRIGAL "TAN LEJOS VAS"

CUANDO vas en tu navío
silencioso, matinal,
tan lejos vas,
que no ves cómo en mi orilla

las lágrimas son espejo
de tu Mar!
tan lejos vas...

LOS OJOS DESTERRADOS

EN torno a un marfil labrado
mis ojos te escudriñaron
como si fueran de hambre
y alma, pájaros de Dios
por el aire reposado
volando.

Desde entonces en mi cara
viven como desterrados.

Y en torno a un marfil sagrado
sueñan mis ojos vivir
su vida de enamorados.

MADRIGAL DE "COMO UN CEDRO"

Tú estabas como un cedro
en la mañana.

Si acercara la mano
podría agitar tus ramas
y, mirando a tu copa,
recibirte en mi cara
como rocío del alba.

Mis manos quedan quietas

¡ay! extasiadas.
¡Sólo guardo tu imagen.
cedro de la mañana!

MADRIGAL EN UN JARDÍN

Tú sonríes y se despierta
un jardín.
¡Qué silenciosas las flores!
¡Ay de mí!

Quiero oírte, y más fragante
es el silencio encantado
del jardín.
¡Ay de mí!

Tú sonríes...
Ya Tú y yo
somos un solo jardín...

¡Qué silencioso jardín!
¡Ay de mí!

DOLORIDO RUISEÑOR

CUANDO estás lejos, amor,
una guitarra de seda
y de sangre enciende el sueño
por donde pasas, amor,
con tu aire de madre selvas.

Porque estás lejos, amor,
si me miro sólo veo
ardiente rueda de fuego
alrededor,

y mi mano es una flor
que se te ha caído, sola,
en un aire de abandono,
triste flor,
perdida flor...

Cuando estás lejos, amor,
me escucho una nueva voz
—¡dolorido ruiseñor!—

MADRIGAL DE AQUELLA BARCA

A orillas de un río
sentí tu mirar
Se detuvo el tiempo,
y nos vino a atar
en aquella eterna
luz de soledad.

Barca del encanto
dejamos pasar;
barca del encanto
que no volverá...

Barca del encanto...
¿me oyes suspirar?

¡Ay! no es una barca;
es, en soledad,
una nube blanca
con su quieto estar
en aire de seda,
sin saber del mar.

¡Ay, no es una nube...
es mi soledad!...
Perdí mi albedrío,
gané este mirar,
y a orillas del río
te vuelvo a buscar...

Todavía es el mismo
cautivo mirar.
Barca del encanto,
¿me oyes suspirar?

EL AMOR Y LOS OJOS

EL amor y los ojos
se van buscando
a través de un espejo
que está velado.

El amor dice sombra
de noche y de verano.
Los ojos dicen luces
y doradas espadas.

Luz de los azabaches,
luz de las esmeraldas,
se encuentran en un aire
de espejos, redoblado.

Ya pasan en un vuelo
como dos pájaros...
—¡Ay, espejo de cantos,
los ojos desolados
se van llorando!

—¡Ay, espejo de llantos,
el amor desolado
se va cantando!

Queda solo el espejo
y su imagen sagrada:
—es un ave del cielo
con alas desplegadas.—

El Amor y los ojos
se están buscando
en la luz del espejo
del Espíritu Santo.

MADRIGAL PARA UN ADIÓS

Si miro hacia atrás no veo
más que adioses en el aire
y aquel adiós que abre heridas
en el costado invisible
del aire.

Corro a tu amor; dejo el llanto
junto a tu puerta estrellada,
y un abanico de flores
—¡un instante!—
embriaga el aire.

Pero caigo de rodillas
porque el adiós nuestro viene
desde lejos,
silencioso,
por el aire.

Mírame sufriendo adioses
que vendrán. ¡Vuelve tu cara
a mi dolorida cara!
¡Un abanico de sombra
nos está meciendo el aire!

¡Ya se quiebra el madrigal
en infinitos cristales!
Para el desolado amor
cada cristal da la imagen
de un adiós vivo en el aire.

¡Dejo tu puerta estrellada!
¡Salgo a la herida del aire!
El madrigal de este adiós
es el abanico solo
del aire!

EL SER Y EL TIEMPO

ESTAMPA DE FRESA

A mo tu ser de fresa.
Con ojos, con preguntas,
con alma lo rodeo.
¡Tú, misterioso y fresco,
mis preguntas de Amor
padeces y padeces!

Este ser de la fresa
¿dónde descansa, tersó?
Está en aire de Agosto...
está en la Primavera...

y yo, en el entretiem po,
bajo un aroma incierto
le adivino las venas.

Este ser de la fresa
¿dónde se apoya, tierno?

Alguna vez la noche
me apacigua las sien es,
y en el aire de un sueño
que no se sabe;
en la gran primavera
que no ha llegado,
yo te veo reclinado
sobre mi alma.

¡Ay! despierto y me hundo
en preguntas y lágrimas.
Te hago un cerco de niebla
y otra vez atravieso
con preguntas el aire:

¿Dónde apoyas tu cara?
¿Dónde apoyas tu sangre?
¿Dónde apoyas tu alma?

No es sobre mi regazo,
piedra gris del desierto;
no es en mi corazón,
que un gran canto despierta
golpeando, si te veo,
en metales y fuego...

Es en un cielo cárdeno,
es en un alto cielo
sin color, alejado,
donde sólo florece
la luna en blanco pétalo.

Este ser de la fresa
¿dónde descansa, lento?

Lo rodeo con mis ojos,
le hago un cerco de niebla...
Pero soy como el aire
de entretiempos y le dejo
escondido en colmena,

¡libre en su miel,
intacto
ser que me está anunciando
la Primavera!

LA PRIMAVERA

¡CÓMO crece el almendro!
¡Cómo ilumina al huerto!
¡Cómo la luz se aquieta
en sus islas de seda!
Aparece de pronto
como sólo aparecen
las estrellas.

En el aire transido
de amor y primavera

yo voy cruzando el Tiempo
entre flores ligeras.

Tu lenta enredadera
de sueño, de pereza,
me traba el ser, ciñéndose
al árbol de mis huesos.

Si me pierdes en vértigos
de fragancias, de fruta,
de recuerdos de fresa;
si sueño tu colmena;
si arde mi ser entero
en hogueras de amor, manos de seda
apoyan su frescura
sobre mi sien incierta.

El Ángel que sostiene
en torno de mi almendro
las primaveras,
me acerca por el aire
aquella sombra de lejana piedra:
—¡El Otoño, Dionisos convertido,
serenamente vela
sobre este sueño de jardín efímero,
sobre esta leve flor de madre selvas!—

Ya es de una gran nostalgia
el ancho mar celeste,
y en viento de saetas
un recuerdo de adioses me lo envuelve.

Pero hay un huerto,
hay un almendro en flor, hay un silencio.
Abandono tus vértigos;
sé como es inmutable la rosa de los vientos.

Alrededor de tu misterio, almendro
nuevo, florido, eterno,
todo es un gran torrente,
y sólo en tus silencios
se sigue aquel secreto que contigo
viene a la verde puerta
del año, en primavera,
cuando mi tiempo avanza
como un río silencioso de violetas.

Recostada en tu tronco
—¡recuerdo de pasión, sangre y arrobos!—
descubro tu reposo y mi reposo
y te contemplo.

Yo vengo desde lejos,
entre flores errantes que cayeron

en un río ligero.
Me refugio en tu seda;
busco amparos de música
en tu espejo de estrellas,
y te amo, almendro en flor, luz de los huertos,
graciosa lira de la Primavera!

CONGOJA POR UN JAZMÍN

LA noche se hunde en mí como una mano
en el agua sombría de los lagos desiertos,
y toca —silenciosa— las naves y los árboles
hasta que todo es negro.

Los ojos errabundos por este sueño oscuro
viajan, y se detienen
cuando te encuentran.

¡Tú, blanco de jazmines,
tú, rodeado

de abismos de jazmines,
como un gran monte blanco resplandeces!

Y cuando te contemplo
sé tu sangre corriendo
bajo un jardín cubierto
de jazmines. ¡Como a un jazmín cautivo
te contemplo!

Lloro porque te mires
—como en las aguas ávidas
el gran Amor sediento—
en mí, para que rompa
el alba de la Muerte
la quietud y el silencio
de mis lagos desiertos.

Hasta entonces
padezco este jazmín y su deleite.

CANTO DEL SER EN EL ESTÍO

EL verano se mira
en un espejo inmenso de flores extasiadas.
Besa el follaje vivo,
las magnolias ardientes, las hojas reposadas.
Llega a la gruta donde se apacigua
la sed de las granadas. Se hace fresco en las parras.
Y el Tiempo ya descansa,
entre sombras de amor, sus encendidas pausas.

No pienso tumbas. No recuerdo días
de duelo. La Muerte se me esconde.

Los cipreses son nidos
de música. La luz es de cerezas
arrancadas con vértigo
por la mano violenta
o la caricia lenta
de la siesta.

Amo el ser cristalino del estío.
¿Dónde están las estrellas sumergidas,
los engañosos —¡ay!— mitos del agua,
los verdaderos ángeles del agua?
Amo tu ser sombrío. ¿Qué abanico
de jazmines fragantes
balancea el aire sobre los estíos?

El sigiloso río
del Tiempo, por tu lumbre y tus sombríos
terciopelos, avanza. Sobre el puente tendido
entre tú y yo y la Muerte, tapizado
de olvido por marchitos tulipanes,
los lebreles del sueño y el lebril del verano
descansan.

Sólo en mi cabellera están despiertas
alejadas violetas de luz fría.
Quisiera detenerte, estío de los estíos,
como detengo entre mis dedos tibios
la flor,

¡prolongar esta imagen del racimo,
ser tu secreta cítara
sobre el aire del mar... ser el verano mismo!

Todavía un jazmín ciego
el aire me embalsama
despertándome.
Un canto triste sobre los jardines
rompe la luz intacta,
y cae sobre mi falda,
como un fruto maduro por el sueño,
el último nocturno del verano.

¡Canten los nuevos vientos esta muerte,
este abandono herido,
este saber de estío!
Aquel intenso piano
—pasión y terciopelo— se ha cerrado.
Ya se alejan sus ecos
entre lejanos pianos
de Amor —como los pulsos lejanos del Verano.

A UNA MAGNOLIA

A CÉRCAME los pétalos de fragante magnolia
con que, en horas de sueño,
el Amor poderoso ilumina mi sombra.
En la sien, en la palma, entre ébanos de noche
tus pétalos reposan.
No los turba el ardiente llamado de mi pulso,
ni del santo madero la grave y sorda música.
Hasta que alguna vez los clavo con mis ojos
en una cruz severa,
y una herida sin sangre les descubro.
—Es una saeta oculta

que atraviesa en verano el claroscuro
del agua pura y quieta en los lagos nocturnos.—

Gime el ser en silencio. Con mi fuego dialoga
tu distante fragancia, tu impasible blancura.
De lejos nos contestan, en el aire nocturno
de jardines y selvas, las cítaras insomnes.
Me acerco a ti; te busco
la herida misteriosa que sólo yo conozco.

Todos mis huesos cantan despiertos, dolorosos,
el canto en que se queman,
sin quemarte, en la sombra.

Tú acércate; amortigua esta sedienta lumbre.
Acércame en el fuego tus frescos, apacibles
pétalos de magnolia.
Tú
acércate, magnolia!

CANTO AL OTOÑO

Otoño, isla del año,
corazón de los días,
suave sangre!
Tú desatas mis lágrimas;
abres todo el secreto
de mi ser, y escondidos topacios
fluyen como un río de oro;
van a tu gran río de oro
entre árboles de otoño, entre topacios.

Aquí, donde te busco,
bajo el cielo del Sur, te transfiguras,

cuando nace la Luna,
que sobre otros paisajes toca flores
de primavera
junto al ser silencioso de los lagos.
Aquella Luna mira
claustros donde pasaron
seres que amo;
se refleja en aljibes que copiaron
sus voces y sus caras;
ilumina una tumba en que los huesos
sustentan la esperanza;
cruza la noche de los encinares;
llega aquí, y te convierte
en un lagar profundo
donde se nutre y santifica el año.

Tú me miras y el Ángel del otoño
llora; te vas tornando dulce,
apacible y plateado
como los olivares
de antiguo llanto
y de agónico ser en soledades.

Tu mano extiende niebla,
y ya no es más la niebla del otoño,
sino un velo sagrado,
memorial de aquel velo en que se ha dado
la Eterna Imagen.

Ya no podré perderme
nunca más entre nieblas, vagabunda.
Soy Verónica tuya, y te recibo
en este velo nuevo
—párpados, frente, sienes del otoño...—

Bajo la niebla en que se ve tu cara,
sobre la gran tristeza enjardinada
siento la paz inmensa
y el signo del amor en el otoño
—¡rocío de sangre!—

Otoño, isla del año,
¡enséñame tu pausa,
tu gran luto dorado!
Sean mis actos y cánticos
aprendices de otoño;
nutran su madurez adentro de tus cálices.

Tú y yo por fin unidos
como el vino y el agua
—¡un solo ser de pausas
en sangre del Amor transfigurado!—

soñemos el otoño
dentro del gran topacio
de tu cáliz eterno y solitario.

UN AIRE DE TULIPANES

UN aire de tulipanes
pasa, dulce, por mi alma,
y en la niebla resplandecen
las imágenes sagradas.

Tus manos son dos tormentas
que se acercan y desatan
los antiguos ríos secretos
de las lágrimas.

Después se vuelven de seda
y me apaciguan los párpados.
Después se van a un silencio
que sólo saben tus manos.
Después son el mismo pan
de un sueño maravillado.

Mis pobres manos esclavas
lloran en sus soledades.
¡Ay, solamente las besa
un aire de tulipanes!

EL TIEMPO DE PASIÓN

Es un ciprés que nace entre antiguos cipreses,
plantado por mis manos;
mirado y remirado por los ojos que lloran
en mi cara; los ojos que te amaron
cuando antiguos cipreses eran sólo columnas
de un gran cielo tranquilo.

Música de la Muerte redobla entre tu cuerpo
y mi cuerpo. Redobla entre tu sombra
y mi sombra.
Redobla en los confines del Amor y la Noche...

Música de la Muerte llora todas tus muertes;
va corriendo entre todas
las hojas de ciprés: dice tu muerte,
y llega hasta el recuerdo
de aquel gran mediodía
del arduo amor,
—¡un melodioso estar
Tú y yo, como dos rosas,
en un resplandor mágico
de largos oros!—

Estábamos envueltos en un aire de fuente
en primavera!
Tú y yo
¡ciegos al día
y a las estatuas frías!
¡Oídos impenetrables
a la lira del aire!
¡Sólo almas reposando
sobre el alma del sándalo!

Ahora estás muerto, Amor, bajo todas las rosas
tristes, ardientes, ávidas, que mi pasión deshoja.
Y por mis sienes, como de una herida,
corre tu sangre, última flor de vida.
Ya llega a mi mejilla —sola flor sin espinas—
y canta su pasión, su vida herida.

Yo te he tendido, Amor, sobre las flores tiernas,
preso y libre de mí, nocturno y frío,
y desde mis abismos te remiro.

Ya estamos otra vez, como dos rosas,
junto a la más esbelta
fuente eterna de Amor. —Huyen redobles
de tu Muerte entre noche—.
¡Canta la fresca aurora!

EL INVIERNO

¿QUIÉN vierte estas violetas
y sombras de la Muerte
sobre el labrado mar
y sobre el cielo?

¿Quién da a mis ojos árboles desnudos,
y mis lágrimas lleva
desde la órbita seca
al hondo de los huesos?

Nieve y noche hay en ti, ser del invierno,
y si corren las aguas del deshielo
en la clara mañana, no alimentan
vivas raíces de amor ni crisantemos.

Corren las nubes frías y veloces
sobre los doloridos
espejos, sobre aquella
transida imagen de mi amor en duelo.

Cae en cristal desatado
la gran lluvia de invierno,
y se vuelven
recogidos los oros —¡ay, esperan
que se encienda otra vez aquel concierto!—
Van tu amor y mi amor, viajeros entre el hielo.

No tengo más refugio que aquel tono
que una hoja soñolienta
puso, como una mano, en el otoño,
sobre mi pecho.

Un libro queda aquí
y en él las estaciones
permanecen;
mi mano lo sostiene en aire frío,

y sólo lo defienden
mis venas escondidas
como un escudo tierno,
o el solemne recuerdo
de los días aquellos,
—cuando nos acercábamos
al umbral reposado del invierno;
cuando yo contemplaba
sobre tus hombros la fragante noche,
como una flor inserta
en la gran cruz de fuego
entre los prolongados ríos de oro
de últimos crisantemos—.

¿Quién vierte estas violetas?
¿Quién labra el mar con tonos del olvido?
¿Quién agita presagios en el viento?

Hasta que pasas,
extraño mensajero
de Amor, gloriosa nieve:
¡vas como un gran invierno
lejos del agitado
viento!

Eres un claustro
de mármoles eternos,

donde, en columnas de escondido fuego,
el Tiempo se detiene
convertido en silencio.

Y las estrellas fijas, intocadas
por los helados vientos,
alumbran Templo y Tiempo.
¡Me cobijan en lo alto,
como una rara vid fecunda en el Invierno!

PILAR DE LOS ÁNGELES

AL ÁNGEL DE LA MÚSICA

TE abres al fin e invades
con tu misterio el alba!
¡Granada del verano,
guardada
con tu sangre entre sombras
y sombra de granada!

Una embriaguez más pura que las vides
me das, y sin la sombra
de muerte con que embriagan
los vinos del lagar.

Tu profundo misterio
cerrado, no movido,
no tocado por aire, por mano, por llovizna,
hoy se me muestra.

Con los ojos vencidos
por el sol, que ya viene
dorando el día,
reconozco otro sol,
¡como un sol en la noche
el Sol que por tus dentros te madura!

¡Y te quiebras humilde, poderosa,
para ser cada día,
en celdas invencibles
vueltas al gran misterio del estío,
granada restituída,
secreto y embriaguez en mis oídos!

EL ÁNGEL DEL SOL

DESPIERTO en una pradera
poblada de flores frágiles,
que por tu amor se me truecan
en piedra de soledades.

Tengo que cerrar los ojos
por no cegarme
con el resplandor en que arde,
sin quemarse, tu donaire,

cuando apareces
con pausa en un monte santo
donde te rodean los pájaros
como a un árbol.

No hay más caricia que ráfagas
de un río invisible... No hay más caricia que el ala
de tu silencio en el aire.
Y en el silencio una hoja
rasga el aire.

Ya tu voz es una flor
que canta y embriaga el alba;
su aliento aventa, sin huellas,
mi ceniza por el aire.

Ya no es flor, ya es el buril
de un zafiro solitario.
"Sonríe hasta el último día"
dice tu voz en el aire.

Yo sonrío por tu amor,
flor, zafiro burilado
inolvidable...

Y no queda de este día

más que una larga sonrisa
sobre la dulce pradera
de flores frágiles.

EL ÁNGEL DE LA LUNA

¡A y! lejos de tu casa, lejos de tus jardines,
donde aprendí los cisnes y el amor de las fuentes,
te sufro convertido en un bosque sombrío
de silencio, de sueño, de resplandor ausente.

Bosque sombrío de amor, de delicia y de muerte
y de la sola flor que los ojos no advierten...
Es la noche profunda, pero yo te adivino
como un coral sangriento.

Venas vivas de flor, arboleda sin nidos,
tu ausencia y tu presencia son la desconocida
cítara atravesada de este sueño sin sueños.

Ya llego a tus umbrales sagrados y detengo
el paso herido, la angustiada huella...
Quiero desandar todos los caminos del sueño;
volver a ver los ríos de topacios sagrados,
desnudarme los ojos ¡mirarte custodiado
en aire lento!

Pero una mano tierna me toma el cuello triste
como si sólo fuera yo —libre de mis duelos—
recién amanecida flor de mi cara abierta.

Ya te veo aparecer... Te amo el alma extasiada.
Una alta luna quieta se asoma en soledades,
desnuda como un arpa.

Y estoy en esta puerta sin puertas de tu cuerpo
impenetrable. Olvido
venas vivas de flor, sombra de muerte;
olvido mi pasión ceñida a tus corales
de roja rama ardiente.

No hay más que una luz blanca
y mi cara desnuda bajo la luna santa.

EL LLANTO

CUANDO estás triste crecen todos los terciopelos
y un cáliz hondo, de oro, brilla en el aire oscuro.
Tu voz amortiguada dice el jardín más solo,
donde lejanos cálices lloran un llanto mudo
que lo devora todo.

Tus maderas extrañas
de violín y de mirra arden con melodioso
acento que te oigo;
sin crepitar, en fuego,
arden; sola los oigo.

Cada día nace un cáliz en el jardín oscuro,
y mi ser lo contempla desde nueva clausura
¡tierna y triste clausura!

Si mi mano se tiende porque quiero beberte
en esta flor de oro, de pena, de aire oscuro,
violetas me detienen.

Una lenta cascada de violetas te guarda,
y desde las violetas
te miro reflejándote con taciturna pausa
en el ópalo inmenso
que espera tus imágenes al pie de tu montaña.

EL ÁNGEL DEL TEMPLO

DICES un cuello de marfil eterno;
lo labras con tu voz, le das la vida;
entonces sé que somos, los dos, venas
como aquellas que miro
en hojas tiernas de la Primavera
estremecida.

Siento tu sangre hermana de mi sangre.
Como dos ríos
vamos al mar de los gloriosos jaspes.

Ya lloro nuestros cauces separados;
ya canto el cuello en que nos encontramos...
Otra vez tus marfiles se levantan;
otra vez cuello eterno tú me grabas;

y estoy en él contigo; sostenidos,
juntos en cuello de marfil erguido,
nutriendo pétalos que nos dan la vida
desde la flor que nace si respiras
en celda de silencio y de rocío.

EL SILENCIO

No tengo más la gruta
de tibio amanecer e inmóvil llama.
La sangre ya no avanza
en columna pausada;
mana de herida oculta;
se convierte por ti, doliente y muda,
en cielo de la noche,
sin lucero, sin sueño, sin reposo.

Ya es un cielo lejano
aquel aire cantado,

aquellos resplandores
de bronce fresco entre los terciopelos
de Dios. Un hueco se ha clavado
en el aire.

Cruzan por él, ocultos
en misterio de Amor, ángeles músicos,
como unos girasoles
de lento ser versátil,
vuelos hacia sí mismos
contemplándose.

¿Dónde estará la hiedra
que tapiza mi gruta, — inmóvil llama?

Tu resplandor lejano
cruza otra vez el aire, como un pájaro.
Como un canto de oro
inmóvil va quedándose
dentro de mí. De duelos me desata

mientras que, con su marcha
procesional como los pasos finos
con que la sangre antigua
avanza,
van tus pies melódicos,
silencio y suavidad sobre una alfombra

de ceniza. Ya se apagan los llantos,
¡ay! cuando en vez de Ti,
como un mar colma el alma
una herida de sangre
que trepa puente y crece
en la luz sin palabras.

Y rompo en un torrente
de hiedras y de sangre,
en la divina hiedra o en la herida del aire,
junto a la hiedra herida, en que todas mis lágrimas
guardan tu gran silencio
remontándolo
—sol y girasol solo, un gran silencio solo—
a la luz extasiada de los reinos distantes.

SIETE SAETAS

I

LA primera saeta
llegó sin ráfagas
hasta el alma.
Pero las llamas quietas
se han agitado
como relámpagos.

Un rosal incendiado
son tus palabras.
En cada flor del canto
invisibles saetas

prefiguradas
hieren el aire santo.

Y no tengo más lámpara
—¡Dolorosa extasiada!—
que un rosal de saetas,
—cítara atravesada.—

II

Como la luna
corre entre ramas,
llevo mi dicha
secreta y dulce,
ya custodiada
lejos de llamas.

—Quedó la Muerte
desconcertada.—

Cuando lleguemos
a la pradera
en alabastro
fundamentada,
ya habré olvidado
el lagar último
de esta jornada.

—Entre las ramas
llega la luna
maravillada—.

Ya se reclina
este agitado
aire de fuga
donde viajábamos...

Es la hora dulce.
Nos acercamos
a la luz alta.
Ya descansamos.

¡Tú, mi Racimo,
embriagador
racimo, embriágame!

III

Entre columnas altas
te escondes,
como una flor pequeña
en un bosque.

¡Perdido estás, perdido!

¿Te llamaré con dianas
plateadas?

¿Te llamaré con altas
campanas?

¿Te llamaré con tiernas
palabras?

¡Como a una flor pequeña,
sólo podré llamarte
con lágrimas!

IV

¡Qué lejos está el cristal
de la mañana!

Abandono melodiosas
arpas del mar,
y contemplo, en soledad,

sienes que nunca he tocado,
como dos flores de estío
ya olvidadas,

hombros de un cuerpo glorioso
bajo un madero invisible
curvados,

y la palma de tus manos,
palma hermana
de la palma de mis manos,
para siempre atravesada.

¡Como el crecer de las ágatas
y el mirar,
es callada
la gran arpa solitaria
de este Mar!

V

Con mis cabellos dorados,
para no verte los trances
de Cruz, me cubro la cara.

Con mis cabellos helados
apaciguo ardientes llamas
y flor oscura en mi cara.

Hasta mis huesos turbados

me llegan atravesando
cabellos, manos y lágrimas,

desde su torre de muerte
tus lejanos
azabaches funerarios.

VI

Sin huellas, por el aire,
como un fruto que cae
llegas a mí. Te acerco
mi desolada cara.

Como en un tronco vivo
de árbol, como en un tronco
de duro amor callado,
clavada en tu silencio
quiero quedarme.

Pero el silencio
ya no es un árbol;
es todo un bosque extraño,
y ya no sé en qué árbol
herirte la mudez, hundir mi alma.

¡Hasta que llega como lluvia dulce,

inesperada,
el susurro que canta en tus follajes
sagrados!

¡Soy perdida saeta!
Me detengo en el aire,
como encantada,
y caigo lentamente
sobre la tierra oscura,
a tu sombra entregada.

VII

Ya no escucho el ruiseñor
de los veranos.

Ahora es la siembra de sangre;
la embriaguez de nueva tierra
en alto Amor.

El corazón sepultado
es una raíz de fuego
que da flor.

En el eterno verano,
¡cómo canta el ruiseñor!

TRANCES DE AMOR

DESTIERRO

Ay, qué prisionera soy!
Si desde lejos te veo,
en la cárcel de mis huesos
sufro soledad de amor.
¡Ay, qué prisionera soy!

Cuando en Ti me transfiguras,
las escalas del Amor
se encienden en quemadura.
¡Y otra vez sola me quedo
en una cárcel de fuego!
¡Ay, qué prisionera soy!

MANOS DE AMOR

¡QUÉ cercanas, qué lejanas,
tu mano y mi mano juntas!
Me enloquezco cuando siento
que entre el amor de sus palmas
una mano taladrada
les separa los dos pulsos.

Ya se acercan, ya están juntas,
como una flor con su tallo,
tu mano y mi mano juntas!
Quiero sentirles la sangre

junta;
¡las vivas raíces juntas!

¡Ay! Todavía las separa
el resplandor de una rosa
con su ser, que es, como el tuyo,
terrible, tierno, traslúcido!

Toda la noche tu mano,
convertida en una rosa,
fué sangre de sueño y flor
sobre el sueño de mi mano
silenciosa.

LA LUZ DERRAMADA

Tu resplandor se ha herido
y la herida es callada;
no vierte sangre, pero dice llaga
del inmortal costado.

La herida es una puerta de amor y de silencio.
Me detiene, de lejos, como lenta mirada.
Me encierra en soledades,
en hielo,
en impasibles

bosques del alma;
en nueva llaga nunca restañada.

Entre ciprés y mármol, una luz derramada
es la lejana sangre de esta llaga.
Así en la nueva luz —sangre trocada—
sobre tumba entre tumbas,
se levanta el Amor con nueva escala
frágil, desnuda, tensa
como aquel tallo de la madre selva
reflejada en tu voz —agua nocturna—
y florida en mis dentros y tus dentros.

¡Vuelvo a tu resplandor; busco la llaga!
Madreselvas de amor —mi alma y tu cara—
crecen desnudas en el aire eterno,
en un cielo lejano reflejadas.

ENCUENTRO

POR los ríos de mi sangre
y el secreto de mis huesos
voy buscándote.

¡Qué silencio tan distante
tienen tu sangre y tus huesos!
No saben cómo te busco,
y en taladrado misterio
lloran mi sangre y mis huesos.

En los ríos de otra sangre,
en silencio de otros huesos,
sé que se encuentran y se aman
—sangre y sangre—
tu silencio y mi silencio.

CONTEMPLACIÓN

¡FRUTO que advierto en árbol del verano,
sostenido en el aire que respiro
por invisibles manos!
Me cantas el estío,
con silencio, con luz, con escondidas
mieles que te adivino. ¡Estoy amándote!

Tiendo mi mano para desprenderte
de tu cárcel de ramas.
Ya hay un hueco en mi palma. Ya se alargan
mis dedos ávidos,

y los dentros oscuros de mi boca te sienten
dócil, como los frutos
dóciles del verano.

¡Ay, levanto los ojos
y no eres tú; ya eres un fruto de oro
entre mil frutos de oro,
sostenido por manos de los Ángeles
y encendiendo un follaje de apacibles
maternas ramas!

Se apagan mi deseo y mi querella;
olvido ya estas manos, esta boca
de deleite y verano.

Y ya no soy tu abeja,
sino transfigurada
abeja que te sabe la antigua flor sagrada.

Y me quedo arrobada
contemplándote.

PRELUDIO DE LA NOCHE

EN el jardín por donde llegaremos
hasta nueva tiniebla de desiertos umbrales,
frágiles Cireneos,
como dos brazos vivos de cruz, como dos ríos
de consagrada sangre, nos cruzábamos.

Ya me conduces lejos
de la noche estrellada. Ya hemos abandonado
la dulce noche de los surtidores
por donde te buscaban

pasos perseguidores
de mi amor vagabundo entre las flores.

Suavemente tu mano me separa
de otra noche más pura,
por la que atravesaba
—ya cerrados mis párpados sobre los ojos ávido
cuando en tu gran morada
de secreto diamante, todavía te me dabas
en melodiosos ángeles
del Sol o de la Luna,
llevando una granada,
una flor silenciosa o una rama
de madreSelva, — ¡ay! un marfil sagrado
en las suntuosas manos delicadas—.

Ahora es la noche de secreta escala.
Lejos el horno ardiente,
el dócil río de oro que unge pies taladrados
y el misterioso velo dibujado.

Voy olvidando el cántico
que aprendí junto a un arca
de ciprés... ¡Qué borrado
el huerto donde queda,
en imagen secreta, tu cuello reclinado!
No sé esta soledad. No sé mi mano
sin tu mano. Ni sé mi antigua frente

libertada de signos de ceniza
grabados por tu mano.

Pero cierro los ojos entre fuego,
y me acerco a la noche. Todavía
junto al umbral desierto están cantando
tus rosales.

Se detiene mi paso.
Quiero decir adiós al aire de preguntas
en que te he amado.
Mi boca sufre el hielo. Sólo en mis pulsos late
la sangre poderosa que se esconde en tu mano,
¡y mis pulsos se apagan
con lejanas campanas de un glorioso naufragio!

Tu mano es una estrella que luce entre los astros
lejanos;
un jazmín en la sombra entre jazmines
apagados.

¡Y alguien detiene el Cierzo!
¡Dejo la nieve muda!
Mis pies ya van cruzando el gran umbral desierto.
¡Sobre liras ardientes un Angel entre cedros
canta la Noche Oscura!

ÍNDICE

	<i>Pág.</i>
Prólogo de Gabriela Mistral	9
CONCIERTO DE AMOR	
Retrato	27
<i>El valle olvidado</i>	
Canto a los árboles	31
Canto a la lluvia	35
Canto de Esther y el viento	40
La noche	43
Los pianos	46
Los libros	48
Melodía de los cisnes	51
La fuente	53
Las nubes	55
Recuerdo de violetas	38
El fuego	60
El aire	62
El mar	64
Los adioses	67
Canto a una flor	69
<i>Nocturnos</i>	
Elegía de la hiedra	71
La saeta	73
Nocturno de cipreses	76
Canto ardiente	78
Mi mano	80
Nocturno herido	83

*Se acabó de imprimir
en los talleres gráficos de
Domingo E. Taladriz, San Juan 3875,
Buenos Aires, el día 15 de
setiembre de 1951.*